

«quien estaba tan alumbrado, lo que
«Dios le mandaba, y luego en peni-
«tencia me tendia yo en el suelo boca
«arriba, y me pisaba la boca, dicen-
«do tres Credos: luego me sentaba yo
«y él hacia lo mismo, y lo restante
«hasta Maytimes teniamos oracion.

Increible le parecerá á alguno mortificacion tan extremosa de ayunos, pernoctaciones, disciplinas y ejercicios espirituales, en un hombre achacoso, y en un continuo trabajo; pues la obediencia y la caridad parece que obraban á competencia, para labrarle una frondosa corona á su humildad y paciencia; pero sin visos de paradoxa, se puede asegurar que fue ligera toda esa mortificacion, si se coteja con la que tuvo con sus sentidos y pasiones: pudiera compararse con el reloj, que si demuestra por afuera bien arregladas las horas, es á costa de una interminable fatiga en el interior movimiento de sus ruedas. Atormentaba Fr. Antonio sus sentidos negándoles aun los mas inocentes objetos, porque

no les fueran deliciosos: sufocaba el corriente de sus inclinaciones, porque la ira, la soberbia, la ambicion, vanidad y demas pasiones no rompieran su pecho, para que de ellas no se siguieran ruidos descompuestos: tiraba tan fuerte las riendas de su amor propio, que siempre domaba los bríos de su cuerpo, y lo hacia rendirse á todos, como un infeliz esclavo: Sujetaba los orgüelos de sus pasiones, que ni en tantos años de Religioso se vio la ira salirle al rostro, ni la soberbia dió motivo de sentimiento á algun próximo, ni la ambicion lisongeó sus alivios con los Prelados, ni su zelo causó amarguras en el Colegio, ni sus persecuciones le sacaron un suspiro de desconsuelo; siempre tuvo abatidos sus sentidos y sus afectos á la voluntad de todos, sin aceptar por lisonja, pasion ó interés á persona alguna, porque desde el Superior hasta el mas infimo mendigo, eran para su vista y veneracion imágenes vivas de Jesu-christo.

CAPÍTULO XXIII.

De su Obediencia, Castidad y Pobreza.

DESDE que Fr. Antonio se sacrificó al Señor por la profesion religiosa, hizo el concepto de que solo por la obediencia podia caminar seguro hasta la cumbre de la perfeccion que deseaba, por lo que dexó escrito: «Es el todo de la
«virtud la negacion de la propia vo-
«luntad, y así digo, que con la gracia
«del Señor no quiero dar paso con la
«propiedad de la propia voluntad,
«aunque sea para resucitar muertos.» Fue esto dar desde luego en el punto de vista, que discierne con verdad la

disposicion confusa con que se representa la vida activa religiosa, pues se ven sus cosas como inversas, desiguales y desarregladas en la variedad de los officios, ocupaciones y ministerios en que se exercitan los Religiosos Legos; pero por ella misma es comparable con las pinturas que con lineamentos informes y confusa mezcla de colores hace diestra la perspectiva, y quando parecen toscos borrones, ó ensayos de aprendizes, sabiendo el secreto, se admiran como destrezas de insignes Maestros, por-

personas, y exponerle á inevitables ocasiones que el Demonio suele viciar para introducir impuras sugerencias; pero la obediencia le dirigia al punto que descubre el verdadero de las virtudes: y viendo la delicadeza de la mas pura, se esmeraba en la vigilancia de ella, y mortificaba sus sentidos, para refrenar sus apetitos, y la licencia de sus ojos, para no mirar cuidadosamente al rostro de las criaturas, y esto con tal exactitud, que no exceptuaba los semblantes de los hombres, y con tal cautela, que ninguno llegara á tocar á su persona: por eso quando algunos, aunque fueran Señores de carácter, ó de respeto, le saludaban, excusaba el comun estilo de dar la mano, disimulando el motivo con tenerlas recogidas en las mangas, con cuyo serio aspecto se contenian los ánimos, quedando con su urbana y obsequiosa atencion muy satisfechos.

No habia sido su juventud libertina, ni licenciosa su conducta; pues aunque la habia pasado entre la blandura, la cortesania y la lisonja, nunca el fuego de los peligros prendió en su corazon el de los galanteos, ni la filalucia y amor que tenia de su propia hermosura, pasó de una vana complacencia, sin los resabios de provocativa: y siempre vivia muy ageno de franquearle su corazon á Venus, y de que ella pudiera embriagarle con sus delicias: quando ya tenia en sus manos las riendas de la fortuna, y estaba su edad en la estacion mas peligrosa, observaba las leyes del honor con supersticioso decoro; y esto le facilitó el desechar con desden pocas veces visto, ventajosos partidos en matrimonios muy honrados: Era él solo el Señor de su casa, y la hizo gabinete de la honestidad y decencia;

lo que se hizo ver quando prostrado en la cama al rigor de los dolores de la gota, no quiso admitir el favor que un Compadre suyo le hacia, ofreciéndole y aun suplicándole que permitiera el que su Esposa, Señora muy virtuosa, le administrara por su mano, ni por la de otra muger, las necesarias unturas. Por estas reflexiones pudiera sindicarse como nimio zelo, ó cobarde escrúpulo, el que para guardar la preciosa joya de la castidad, y defenderla de los traidores insultos de su carne, anduviera siempre armado de cilicios, prevenido de duros ayunos, crueles disciplinas, perpetuas vigiliias, fervorosas oraciones y espirituales ejercicios, pues ya se hallaba retirado del siglo en una Religion austera, y en edad madura; pero no ignoraba que suele ser engañosa la seguridad en este punto, ni que en su custodia es el mas discreto el que es mas desconfiado: y por eso le pedia con muchas lágrimas al Cielo la pureza de la castidad, que habia profesado, é imploraba el auxilio de la Inmaculada Virgen y Madre Maria Santísima, á quien se la tenia ofrecida, para que con su intercesion y amparo, le defendiera de los continuos asaltos que padecia de sus enemigos.

Así los toleraba, segun la alta Providencia se lo tenia prevenido, dándole luz para que entendiera que su misma carne le habia de hacer obstinada y cruel guerra, atormentando su alma todo el tiempo de su vida; y fue así, segun su Confesor lo publicó en el Sermon de sus honras, asegurando que desde el dia que entró en la Religion, hasta la enfermedad de que murió, y fueron veinte y un años, no se le pasó dia ni noche en que no padeciera terribles y espantosas tentaciones de la carne: en la oracion, en

los ejercicios espirituales, en las mortificaciones y en todas sus obras, hasta en la mas sagrada de ir á comulgar, no se suspendia la fuerza de tan molesta guerra, representándosele imaginaciones obscenas que le afligian, de modo que le obligaban á recurrir al Confesor bañado en lágrimas; pero viendo éste que acusaba como culpa, lo que solo era ejercicio de su paciencia, y la prontitud con que se esforzaba á desechar la sugestion mas mínima, le mandaba ir á comulgar, y la obediencia desterraba aquellas confusiones, y recibiendo al Señor Sacramentado, gozaba serenidad su conciencia, y la paz que se le comunicaba en la gracia del Sacramento renovando con ella su espíritu para los nuevos combates y conflictos en que el Señor permitia á su enemigo que le exercitara. No obstante que la antigua Serpiente le molestaba corporalmente de varios modos, como ya se ha dicho, desesperada de conseguir por sugestiones algun deslíz de la voluntad en la delectacion ó consentimiento de ellas, se disfrasó, segun su antigua astucia, tomando en una ocasion la figura de una muger hermosa y muy ataviada, y llamando con la campana de la Portería en hora desusada y libre de registro, acudió Fr. Antonio á saber lo que se ofrecia, y se le presentó con insolente desahogo, alhagos y ademanes impuros; pero no pudiendo engañarle con su aparente belleza, porque tenia, como siempre, mortificada la vista, le incitaba con palabras provocantes y lascivas, disparando á su corazon en cada una de ellas una encendida y venenosa flecha. Asustado el Siervo de Dios, aunque confusamente habia visto un hermoso y aparente bulto, se persuadió á que aquella muger era el Demonio,

y armandose con la señal de la Cruz, invocó el Santísimo Nombre de Jesus, y tirándole á los ojos la puerta, lo dexó rabiando en sus eternas penas. De allí se fue lleno de congoja, y prostrado á los pies de un Crucifixo, con tiernas lágrimas explicaba los afectos de su corazon entre suspiros tiernos, y le daba humildes gracias por haberle libertado de tan fraudulento y mortal peligro, con lo que quedaron apagadas las tenebrosas centellas que le habia disparado su doloso enemigo. Corrido aquel Diabolo amugerado, aunque se desnudó de la figura y trage de muger, pero no del rencor que le queda á la muger desafiada, y hecho una infernal furia, apuró todas sus astucias para molestarle incessantemente con representaciones torpísimas, imaginaciones lascivas y sugestiones vehementes; pero hallando en todas una valiente resistencia que abatia su soberbia, conspiró á otros muchos é infelices Compañeros suyos, para combatir su fortaleza. Una noche que Fr. Antonio velaba en su oración y ejercicios, se vió rodeado de multitud de Demonios, que venian reunidos en el insolente empeño de rendirle á la pasion torpe, ó por alguna delectacion ó consentimiento, y jugando todas las fraudulentas trazas de su malicia, acometian á sus sentidos con visiones muy obscenas para encender en su debilitado cuerpo el sensual apetito: Excitaban en su fantasia imágenes provocativas, para conmovier todas sus pasiones; pero conociendo él su miseria, para contenerlas se desahacia en lágrimas, humillado en la divina presencia, y comprimia los movimientos que podian causar las sugestiones diabólicas con crueles disciplinas. Fue este el mas prolixo conflicto que padeció en su vida, y des-

que vistas por cierta parte, todas las líneas desiguales juntas y combinadas, destruyen la confusion, y aparece una imagen con facciones proporcionadas y hermosas, donde no habia antes ni apariencias de figura humana: con la misma industria miraba Fr. Antonio aquella miscelanea de cosas que á un tiempo se le mandaban, ya de pluma, ya de cocina, ya de especies de Portería, y que cada una necesitaba la ocupacion de un Individuo, quando él solo habia de satisfacer á todos: pero atendia entre tan diferentes y laboriosas cosas, al punto que tiraba su vista, que era la obediencia, y por él descubria el todo de la virtud y perfeccion á que aspiraba: y por eso decia: «Esta es la joya mas preciosa de la christiana perfeccion, porque en ella se sacrifica á Dios la mas noble porcion de la alma, en la negacion de la voluntad propia.

Era esta tan absoluta, que no tenia otro querer, ó no querer, que la voluntad del Prelado, y por eso, aunque muchos Caballeros de México que pasaban para la tierradentro le visitaban, por ser sus conocidos antiguos, ú otros que deseaban verle, ó conocerle, aunque por genio natural era muy agradecido y bien criado, á ninguno pensó pagarle la visita, de lo que informado el Prelado le dixo, que porqué no le avisaba, especialmente siendo algunos insignes Bienhechores del Colegio? A lo que lleno de rubor satisfizo: «Padre, los muertos no tienen pies, ni hablan, ni se mueven: Quando V. P. me mandare ir, haré con prontitud la obediencia.» Con esta misma perspicacia era Argos, que con cien ojos observaba hasta el mínimo de los Estatutos generales y particulares del Instituto Apostólico, y con especial esmero las órdenes de los Prelados,

contiene la libertad de sus movimientos; por eso aunque el espíritu anhele los medios mas arduos para alcanzar lo sumo de las virtudes, la obediencia lo detiene, y con notable elasticidad le facilita el logro de sus aspiraciones: y este es aquel secreto equilibrio con que se ordenan la armonia y concierto de las almas espirituales. Bien quisiera Fr. Antonio que ninguno le apreciara con respetos de Religioso, sino conforme á su concepto, que era el de ser Esclavo de todos, y buscando algun distintivo para ser conocido y tratado como tal, le propuso al Prelado que con su licencia se quitaría las sandalias, para andar enteramente descalzo; pero negándole este permiso, quedaron sin eficacia sus deseos, pero crecido su mérito, comprimiendo la obediencia sus fervorosos impulsos, y quedando tan persuadido de que para llegar á la cumbre de la perfeccion es este el mas seguro camino, que escribiéndole á una persona espiritual le decia: »Dice San Bernardo: lo que se hace sin la aprobacion del Superior ó Padre espiritual, aunque sean cosas grandes, yo no las contaria entre las virtudes, por el riesgo de la propia voluntad: si me muero, si no hecho nada en servicio de Dios &c. Todas son buenas y admirables consideraciones, que humillan á la alma; pero bienaventurada la alma resignada y pobre de espíritu.» De estos inerrables principios sacaba la maxima de que para no errar en nada, para todo es necesario pedir licencia, y así decia: »Yo sé por largas experiencias que es muy del agrado de los que gobiernan, el que para todo les demanden licencia: y él es acto de humildad, y seguro, con que el Súbdito siempre queda ganancioso.»

En consecuencia de ella, pidió un año licencia á su Confesor para imitar en lo que alcanzaran sus fuerzas el ayuno de quarenta dias, que santificó nuestro Redentor en el Desierto, proponiendo no tomar en ellos cosa alguna que hubiese llegado al fuego, ni beber agua, ú otro licor alguno: el Confesor, viendo la valentia de su espíritu, y lo que pueden los auxilios de la divina gracia, no dudó en condescender con su fervor, observando cada dia lo que resultaba, y perseverando sin novedad ya seis semanas, lo llegó á saber el Prelado, y previniendo un jarro de agua de la Celda, lo llamó, quizá por superior providencia, y sin decirle otra cosa, le mandó que la bebiera: y como este era un fuerte resorte de la fuerza de la obediencia, al punto la bebió, cediendo en su alma la eficacia de sus primeros impulsos; á la del mandato, que comprimía sus fervorosos deseos. Así amaba Fr. Antonio á la obediencia, y ambicioso de sus usuras, quería siempre obedecer á todos, conforme al propósito que tenia formado, de obedecer á toda criatura en lo posible por amor de Dios, mirando solo á Dios en la criatura. Vea tambien de dia y de noche en la oracion los esmeros de un Dios hecho Hombre, para obedecer hasta morir en una Cruz afrentosa, y deseaba imitar tan grandes finezas, sujetando la cerviz á la obediencia de las mas ínfimas criaturas.

Si la obediencia no fuera el todo de la virtud, como Fr. Antonio decia, podia parecer, que ella misma le exponia al detrimento de la mas hermosa, que es la castidad y pureza; pues poniéndole de Limosnero en la Ciudad y de Portero en el Colegio, le era necesario tratar con todo género de

pues de haber lidiado en el gran prate de la noche con valerosa constancia, á la aurora le favoreció tambien la del divino Sol de Justicia, y con la proteccion de Maria SS. que tiernamente impetraba, con afrentosa rabia desapareció toda la infernal chusma de tan soezos enemigos y nefandos espíritus.

No por eso dexaban ellos de renovar sus persecuciones, para contristar sus santos propósitos, continuando su molesta guerra hasta el fin de su vida; pues en veinte y un años de Religioso, apenas gozaba alguna serenidad en los furtores de la concupiscencia, y volvía á padecerlos con gran vehemencia; pero siempre con los auxilios de la Divina gracia, salia indemne de sus obscuras llamas, y tan firme en sus propósitos, que ningun pensamiento, ó por mal desechado, ó por consentido, manchó la pureza de su alma, y candor de su castidad; por lo que su Confesor pudo decir: »Que fue tan casto, que si aludiendo á su apellido de los Angeles, no llamó Angelical su pureza, no halló término adecuado para hablar de ella.

Nacia esa cándida azuzena de la raíz que produce la alegórica flor del campo, cuyo cultivo no es efecto de la industria humana, sino de los celestiales rocíos con que la nutre y fecunda la divina Providencia, y por eso hermoso geroglífico de la pobreza evangélica, á la que el Serafín humano llamaba Reyna coronada entre las virtudes, y raíz fecunda de frutos. Enamorado de ellos Fr. Antonio, no se satisfacía su espíritu con haberla profesado segun la forma de vida que prescribe la Regla Seráfica, sino que aspirando á la mas perfecta entre las mismas estrecheces del estado religioso, solicitaba lo mas desnudo hasta introducirse al centro y corazon de

lo mas abatido: por eso segun las libertades mas perfectas que en ella se permiten, y la debida licencia, no usaba de dos túnicas, sino de solo una, y esa la mas adaptada al propósito que tenia hecho de no usar jamas en su vestuario y calzado cosa nueva, sino la que ya hubiera servido á otro Religioso, si lo podía conseguir con cautela: porque él mismo se decia: »Para vestido y calzado de un pobre, basta lo que desecha un Caballero;» significando con este noble respeto á los Señores Sacerdotes.

La Celda cuyo uso se concede á cada uno para el preciso retiro y descanso, nunca la tuvo, pues le servia de abrigo una incómoda pieza inmediata á la Portería, que sirve á su menester, y en un rincon que quedaba de los trastos y canastos del pan de los pobres, se recogia con bastante estrechez; y no teniendo mas luz que la de la puerta para escribir lo que le mandaban, necesitaba hacerla en el hospicio del claustro, con no pocas pensiones y trabajo. Ya á los últimos de su vida, viendo los Prelados lo nocivo que era para su salud tanta incomodidad, con el pretexto de que oíría mejor la campana quando piden de noche confesiones, le mandaron subir á una Celda, para que durmiera en ella; pero él la vió con tal indiferencia, que ni tomó la llave de ella, ni tenia mas menages ó trastos necesarios al uso, que unas tablas con una manta y almohada de sayal muy viejas y remendadas. Ni despues de su muerte se le hallaron mas alhajas que el manto, el Rosario, y un Oficio parvo de nuestra Señora, las disciplinas, cilicios y otros instrumentos de mortificacion, y algunos papeles de su interior que le habian mandado escribir sus Confesores.

Solo la obediencia le hacia ver el punto de perfeccion y mérito que tiene la pobreza voluntaria, que es en la Regla permitida, y por ella en una ocasion se desnudó de su hábito viejo y remendado y estrenó uno nuevo; por ella usaba de sandalias, pero las mas rotas y desechadas: por ella solia moderar el mal trato que á su cuerpo le daba, y aun estando enfermo, por ella veia al Médico y tomaba los medicamentos, y quisiera que la obediencia arreglara no solo las acciones de su vida, sino hasta los pensamientos y mas ocultos senos de su alma, para desapropiarse en todo de su voluntad propia, y ser pobre de espíritu segun la divina.

Por eso quando ya se vió pobre, desnudo y trasformado de un Caballero noble y rico, en un humilde mendigo pidiendo de puerta en puerta el sustento, no para sí solo, sino para otros pobres evangélicos, que veneraba como á sus Amos, era para el mundo un admirable desengaño, y buen exemplo; pero mayor y casi asombroso lo fue para muchos de la mayor categoria, el verle expuesto en una puerta por tantos años á la vista de los mismos que ántes le conocian por sus circunstancias, esplendor y fausto, en una extremada humilde pobreza, y sin admitir las ofertas que muchos Señores le hacian aun para el misero alivio que era conforme á su estado; y quando ellos tendrian por especie de fortuna el que se lo admitiera; él se dexaba llevar del

deseo en que vivia de abatirse nuevamente cada dia hasta el último extremo de la nada: emulando en esto aquel carisma y espíritu de pobreza que su Seráfico Padre sacó del Evangelio, entendiéndolo ser el tesoro escondido en el campo de la Iglesia, y por cuya posesion merecen ser despreciadas todas las riquezas del mundo.

Aun vivia Fr. Antonio en el siglo, quando ya veneraba con entrañable y eficaz amor la pobreza evangélica: por eso deseaba que en Querétaro se fundara un Convento de Religiosas de las que profesan la primera Regla de Santa Clara, y escribiendo á una persona interesada en la materia una dilatada Carta de muchas y eficaces razones, hace esta reflexion: «Si la que desea darse del todo sin tasa á Dios, halla este Jardin donde dilatar sus fervores, sin las dotes, ¿qué mayor bien? ¿qué obra mas heroica? No hallo que la pueda haber: á Santa Coleta se lo dixó el Señor. Púsole un papel en el Cordón, que decia: Pon gran cuidado en reformar la Regla del Bienaventurado Francisco, que guardó Santa Clara, porque es la santísima perfeccion del Evangelio.» Para que estos fervorosos deseos no se quedaran en solo palabras, destinó doce mil pesos de su caudal, y solicitó la Real Cédula de S. M. en Madrid, lo que por entónces no tuvo efecto, por lo que se distribuyeron en otras obras pias, segun cláusula del testamento que hizo para profesar en el Colegio.

CAPÍTULO XXIV.

De su Oracion y Contemplacion, y como se disponia para la Sagrada Comunion.

Misteriosos fueron los dos Altarres que el Señor mandó hacer en su Templo, uno en lo exterior de él, en que se mañaban los sacrificios, y otro en lo interior donde se ofrecian los incienso; pero vino la hora en que el Sol de Justicia dispuso esas sombras y figuras, y estableció Jesuchristo en su Iglesia otros Altarres, en que los verdaderos adoradores le ofrezcan en espíritu y verdad aceptables sacrificios: el exterior, en que se lo hagan de su cuerpo con la mortificacion y penitencia, y el interior, en que se le ofrezcan los timiamas mas odoríferos, que son las oraciones de los Santos. Desde los primeros rayos de luz con que el Señor le hizo ver á Fr. Antonio su desengaño, conoció que debía negarse á sí mismo, despojándose de sus riquezas y honras, y tomar la cruz de la mortificacion de sus pasiones y apetitos, para seguir á Christo, y ejercitarse en velar en todo tiempo en la oracion, para hacerse digno de estar en su divina presencia, por lo que, aun siendo todavia Secular, practicaba duras penitencias, y tenia horas señaladas para gozar del gran consuelo que en la oracion sentia su alma.

En ella adoraba en espíritu la divina presencia, y por la meditacion purgativa de las postrimerias del hombre, iba limpiando su corazon de las escorias que en él habian engendrado su amor propio, y las vanidades mundanas, para quitar el amor de todo lo sensible, y fervorizar en su vo-

luntad el de todo lo espiritual: ponderaba las verdades y misterios que la Fe del Christianismo enseña, y quanto estas luces purificaban su alma, su corazon se estremecia sintiendo unos golpes que le llamaban con eficacia á seguir á Christo en otro estado mas perfecto; y en la oracion, no solo sentia estos interiores movimientos, sino que le obligaban á pedir por sí, y por la de otras personas espirituales que el Señor le condujera al verdadero camino que le llamaba, y solo por ella, y no por otros bastardos impulsos, abrazó el estado religioso.

Puesto ya en tan segura como estrecha senda, la oracion misma le iba iluminando con la dulce materia de los divinos beneficios, cuya sería meditacion le hacia decir: «Paréceme á mí, que para entrar en la oracion, está demas la preparacion de la leccion, que aconsejan los Místicos. ¿Qué mas leccion que la de los benéficos recibidos? No hay para mí otro incentivo mas eficaz para llorar, que el conocimiento de lo que he sido y soy.» Con esas lágrimas lavaba su alma de las manchas de sus culpas, para entrar mas purgada de todo lo terreno, y pasar á otro grado de oracion mas perfecta. Era este el que iluminaba su alma en la continua meditacion de la Vida, Pasion y Muerte de Jesuchristo: pues seguia los pasos á su Magestad y los de su Madre Santísima, por la historia de la Venerable Madre Agreda, acomodada al tiempo que observa para la celebra-

cion de los misterios la Santa Iglesia.

No obstante la distribución de sus devotos ejercicios, el de la oración mental era el principal, y para el que tenía señaladas cada día seis horas, y muchos eran ocho: en él perseveraba inmovil, como si fuera una estatua, ó parada, ó puesta de rodillas, ó postrada con el rostro pegado á la tierra, para que fuera menos perceptible el corriente de sus lágrimas. Su mas frecuente materia era la Pasión de Jesuchristo, y de ella sacaba una confusión vergonzosa, considerando la mala correspondencia con que pagaba tan excesivas finezas; y á su vista concebía fervorosos propósitos de mortificar sus sentidos, y crucificar sus pasiones, alentándose á padecer en todas las cosas para satisfacer en algo sus culpas y tibiezas, y confiando en la divina misericordia, esperaba, rogaba y agradecía.

Traía siempre á Christo crucificado gravado en su alma, y así no se atrevía á decir con advertencia ni una palabra ociosa, ni á dar una risada vana, y solo en alguna ocasion, por no hacerse singular, le era forzoso mostrarse risueño, pero con pena, pues luego se retiraba al rincón de la Celdilla, ó á una Capilla de la Iglesia, para dar desahogo á sus reprimidas lágrimas. La Capilla de Belen era donde mas descansaba su alma, por estar en ella una bellísima Imágen de Maria Santísima, que tiene un hermoso Niño en sus brazos, y por eso decia él mismo: El corazón de Fr. Antonio está en la Capilla de Belen: porque ella era el nido en que recogía sus alas, y descansaba su alma: el refugio de las tribulaciones: la delicia de sus amores, y el incentivo de sus lágrimas, pues sin sentir se le salían al adorar con ternura al divino Niño

en tan inocentes brazos, y se regalaba con Hijo y Madre su enamorada alma, pasando desde ellos al pesebre, y á la cuna, imitando á su Seráfico Padre en los afectos de esta tierna devoción: con la mayor que podia celebraba allí las principales festividades de nuestra Señora, previniéndose con ayunos, penitencias y divinas reflexiones, que servían á su oracion de materia, ponderando en ellas las virtudes mas sublimes que estimulan á la imitación y accion de gracias en tan sagrados dias: pero ellas mismas le atormentaban de dolor el corazón, por conocer que quanto es mayor la solemnidad de los divinos misterios, son mayores los desacatos que se cometen contra ellos con los públicos escándalos en tales dias; por eso eran en ellos mas prolixas las oraciones, y mas duras las mortificaciones que hacia, para desagruar en algun modo á su Amado de las ofensas que le hacian los Christianos, y le ofrecia todo el culto y alabanzas que le daban sus Siervos, suplicándole usáse de su infinita misericordia con todos los miserables que incurrian en tales excesos.

Tuvo el don de lágrimas, como efecto de su oracion continua, y pues en ella era tan favorecido é ilustrado, que necesitaba de un desvelado disimulo, para que no rebozase al exterior su consuelo; razón porque el V. P. Margil, descubriendo algo de su interior, decia: «Su cara tan alegre, tan modesta, mostraba en alguna manera los resplandores de su alma, como Moyses de haber hablado con Dios: pero su Magestad algunas veces para su ejercicio y mayor mérito, suspendía esas suaves lluvias, esos favores y esos consuelos, y solo experimentaba su humilde Siervo sequeda-

des, desolaciones y desamparos, sus ojos secos, sus pensamientos distraídos, sus afectos tibios, y en una obscuridad su alma, como si se le hubieran acabado las potencias, buscaba á su Amado y no lo hallaba, y dando vueltas por su conciencia, buscaba en ella la causa; pues no podia su humildad sino temer de su flaqueza, y así clamaba con amorosa confianza: «O buen Dios, ó buen Señor, asimilame á Ti, y acaba de quitarme este viejo.» «Adán, y este bien me quiero, que de tanto bien me privan:» y como sabia que las lágrimas y consolaciones no son el fin de la oracion, ni su fruto són los consuelos, se resignaba con humildad en la voluntad divina, hasta que el Señor serenaba la tormenta, y amanecía en su alma la aurora hermosa de su gracia, que la confortaba, ilustraba y fortalecía; pero esta soberana luz le hacia poner en mas exacto temor y cuidado, para no desmerecerla por sus tibiezas, y velar siempre para que sus enemigos no se la apagarán.

Esta amante solicitud le obligaba á pedir licencia para retirarse diez dias, para renovar sus propósitos, darse mas á la oracion y mortificaciones diarias, y renovar su espíritu en los ejercicios que dispuso la Venerable Madre Agreda: todo su estudio en ellos lo ponía en aprender á morir bien, y lo hacia con tal eficacia, que si ya estuviera en la última hora, y así salía de ellos tan muerto al mundo y á su amor propio, que parecía un difunto andando. Lograba tambien para alientos de su espíritu, los tiempos de las festividades grandes, y en el de la Semana Santa acompañaba á nuestro Maestro y Señor desde el Domingo de Ramos entrando con su Magestad y sus Discípulos

en su glorioso triunfo, y le iba siguiendo los pasos meditándolos de dia y de noche con tiernísimos afectos: el triduo era para su corazón tan lleno de misterios, que andaba como absor-to, y tan penetrado de dolor y compasión en sus profundos discursos, que apenas podia contestar con los hombres: andaba estos tres dias enteramente descalzo, tan modesto y enterrecido, que se conocían bien los interiores sentimientos de su alma, y como todo: sus afectos estaban en el Calvario, era incesante su llanto, allí tenia depositada su alma, y metida en la llaga del costado de su Crucificado Dueño, y por eso quando su entendimiento estaba padeciendo el asombro de aquella afrentosa muerte, su voluntad bebía á pechos aquella sangre y agua, gozando la felicidad de alimentar con ellas su vida.

Por tan excelentes grados de oracion continua, se enagenaba de todo, de forma, que no percibía las cosas de las criaturas, y según afirmó su Confesor muchísimas veces, era necesario para que atendiese á lo que le encargaban, ó que lo llamaran con voz recia, ó que le dieran golpes en los hombros, pues ménos solía encontrarse como insensible: ni era esto de admirar, pues no perdiendo de vista á su adorado Dueño, y gozando de su íntimo trato, no pudieran impedirselo ni las ocupaciones, ni los negocios. Todo el fruto de su oracion provenía de una sólida máxima, que lo preservaba de ilusiones y errores, y era hacer fiel relacion de quanto en ella le pasaba á sus Padres espirituales, sin cuyo gobierno en nada se juzgaba seguro, y así les hacia una humilde y sencilla declaracion de su conciencia, cuya claridad se recomienda y elogia mucho en la Teología Mística. En ella

solo descansaba su espíritu, el que de todos los favores que experimentaba en la oracion, se confundía y quedaba rezeloso de quedar engañado, hallándose favorecido sin mérito suyo, y los tenía como nuevos títulos para ser castigado por ingrato á tantos soberanos beneficios, sacando siempre otros tantos para humillarse y conocerse á sí mismo; lo que era otra note de su buen espíritu, pues los favores que no dexan humildes á las almas, ó son castigos verdaderos, ó resplandores fingidos.

Sobre experiencias tan evidentes, y seguros fundamentos, le permitieron todos sus Confesores que segun sus ardientes deseos, y amorosas ansias, comulgara todos los días, pues veían los frutos de esta frecuencia en la humildad profunda, que daba relevantes pruebas de su interior pureza: discrecion debida fue el dexar volar aquella alma, que con las dos alas del respeto y de la confianza, se remontaba generosa hasta llegar al solio del Sol de Justicia; y que quando el temor la detenía, ella se purificaba del polvo de su terrena naturaleza en las fuentes de la penitencia, y con lágrimas de dolor borraba todas las manchas de sus culpas, para que el amor la condujera hasta el trono de la Misericordia, y participara de la divina gracia, que llena las almas en la Sagrada Eucaristia. Esta era la prenda de la gloria que él quería siempre conservar en su alma, y por eso eran los anhelos de comulgar todos los días, como si cada uno fuera el último de su vida: y así le decía á su Confesor: que quando ese llegara, no se prepararia de otra suerte para el Viático, que como lo hacia para la Comunion quotidiana, y fue así, que desauiciado del Médico, al verle

en tanta tranquilidad un Religioso, le exhortaba á que, pues ya se moria, sería bueno confesarse generalmente; pero le respondió muy sereno: «Padre, ya eso, á Dios las gracias, está hecho muy de antemano, y por la infinita bondad del Señor, nada me remuerde la conciencia en esta hora.»

Ya se ha visto en otra plana, la individuacion de los fervorosos ejercicios con que se preparaba para la Comunion sagrada, los vivos actos de contricion y dolor, humildad y temor, con que oía la primera Misa: la confianza con que impetraba del Señor el infinito tesoro de sus méritos, para comulgar en la segunda; y las rendidas gracias que daba á su Magstad por tan inefable beneficio, en la tercera; pero quien podrá expresar los íntimos afectos con que todo el día andaba absorto en la consideracion de que su pecho era un sagrario en que habitaba Dios vivo, ni los fulgores con que iluminaba su alma la gracia del Sacramento? Solo su Confesor y Compañero el V. P. Margil, dixo: «Mucha luz recibia en la Comunion quotidiana, pues renovaba el sagrario de su pecho y corazon, como custodia y templo, renovando la posesion Jesus todos los días de su sagrario, para enseñarle desde allí todas las virtudes, y singularmente la pobreza, pues para quedarse con nosotros necesita cubrirse de ajenos accidentes: por eso uno de sus propósitos era vestirse siempre del desecho de los otros, comer de las sobras de los otros &c.

Pidiendo la Santa Iglesia al Señor, que nos visite así como lo reverenciamos, no será increíble el que acostumbrando Fr. Antonio recibirlo en el Sacramento con el mayor culto

y respeto, le visitara el Señor Sacramentado con modo muy extraordinario, y por eso dixo el V. P. Margil, descubriendo algo de su interior: «su cara tan alegre, tan modesta, mostraba en alguna manera los resplandores de su alma, como Moysés, de haber hablado familiarmente con Dios.» Y parece lo confirman los apuntes que su Confesor el P. Fr. Angel Duque dexó para historiar su vida; pues asegura: que acabando de comulgar le vió el Maestro de Novicios dos veces bañado el rostro de resplandores: y tambien, el que otra vez fue visto tan refulgente al acabar de comulgar, como si se transparentase con las claridades de un cristal. Pero todo esto, y aun mucho mas que su humildad dexó oculto, persuade el que siendo el Augustísimo Sacramento una prenda de la gloria, y idea adecuada de la Bienaventuranza, al disponerse con tanta fe y amor para recibirlo, no es increíble el que le comunicara los dotes de ella con su divina presencia.

Este era el Talisman verdadero, cuya prodigiosa virtud tenia encantado el corazon de Fr. Antonio: por eso oía quantas Misas podia, y todas con una atencion modesta, y devocion edificativa, que la infundia en todos los que lo miraban, y permanencia en ellas hasta las ocho, que lo sacaba de aquellas soberanas delicias la fuerza de la obediencia para atender á la Portería; pero sin olvidar la Real presencia que á su Amador tenia en el Sacramento, les hurtaba á sus tareas los ratos que podia, para irse á la Iglesia, y saludar en su propia Persona á Jesuchristo en la Eucaristia, aunque fuera con algunas breves y ardientes jaculatorias.

Estaba muy instruido de la ex-

periencia de los saludables y eficaces efectos que obra la Comunion quotidiana en la alma dirigida por la obediencia, y por eso la persuadia á las personas que atreadas en escrúpulos y temores, se abstendian de una medicina, que no solo cura las actuales dolencias, sino que es celestial antidoto que preserva de las que los enemigos les pueden causar al alma; y previniendo á una persona escrupulosa, le dice: «Que el temor no se propase contra el buen consejo del Confesor, que está en lugar de Dios, porque es tentacion del Demonio, que con visos fingidos quita la vida de la alma: y esto lo declara mas, diciendo: «El Demonio es muy bellaco, aquello que mas lo atormenta, eso es lo que pretende estorvarnos. Si fuera yo al Palacio del Sumo Pontífice con evidencia de que me esperaba para echarme su bendicion, y hacerme mercedes; y quedándome en los umbrales de la puerta encogido en el conocimiento de mi pequeñez, no fuera tentacion grande el no entrar? Si, pues vamos adelante: ya sabemos que no somos dignos, no se detenga el discurso en esto, que ya está sabido, vamos adelante con actos de amor, alabanzas y hacimiento de gracias: no dar oídos al Portero, que nos quiere divertir en la puerta, privándonos de la mayor dicha y felicidad nuestra: no hay que pararse mucho en ese discurso: sea como puerta, y no mas adelante, actos de amor con el Amante de nuestras almas: en esta consideracion si trabaje el discurso hasta que se embriague la alma.» Así aconsejaba, porque así obraba, y la experiencia de una doctrina apoyada de los Maestros en la Mística, debe alentar á las almas que de tímidas se que-

dan fuera de las puertas del Sagrario y Real Palacio del Soberano que vino desde el Cielo solo á consolar afligidos, socorrer pobres, á hartar ham-

CAPÍTULO XXV.

De la tranquilidad de espíritu, y muerte mística á que llegó Fr. Antonio por el exercicio de las Virtudes Teologales Fe, Esperanza y Caridad.

CASA del Omnipotente llamaron los Filósofos al Olimpo, admirando en su eminencia al Cielo: pero con observacion mas circunspecta, figuró en el Fr. Antonio un elegante geroglífico de la tranquila paz que por la muerte mística goza el Justo: porque elevado su espíritu á la cumbre de la perfeccion, por la escabrosa senda de las tribulaciones de este valle de lágrimas, congojas y miserias, hasta el alto monte de la contemplacion Divina, gozaba en ella de aquella paz increada, que excede á la mayor altura que puede discurrir la humana inteligencia. No lejos de este concepto, figuraba en una tabla el monte Olimpo, y en su medio una corona de espinas, que tenia por centro tres clavos, con tres letras que decian: Paz, coronados de encendidas y fragrantas rosas: en toda la periferia del monte, solo habia dos puertas, y en ellas una calavera con un mote que decia: Bienaventurados los muertos Hermitaños del monte Olimpo, como que solo por la muerte espiritual y mística, se franquea la puerta al monte de la perfeccion.

No habiendo explicado Fr. Antonio las diversas piezas y motes de su emblema, se hacia en muchas obscuras, y deseando su explicacion, se le preguntó al que solo podia interpre-

brientos, á sanar enfermos y resucitar muertos, no ignoraba que son miserables, y por sí mismos indignos de tan inefabiles beneficios.

tarlo segun su espíritu, que fue el V. P. Fr. Antonio Margil, como que habia sido su Director y Maestro, su Prelado y Compañero, á que respondió: »Digo, que Jesus era en el el Olimpo; porque vivia en el Christo, al modo de San Pablo: vive en mi el mismo Christo. A imitacion de Christo, que actualmente en la Cruz llegó á verse junta suma riqueza, y pobreza extremada: sumo dolor, sumo desprecio, suma pobreza y sumo desamparo; en la falda, ó rededor, rodearon los dolores de la muerte: por el contrario en la parte superior suma gloria: Eso mismo es la muerte mística, aguantar agonias de muerte en la paz: reparad, que mi paz, es mi amargura amarguísima. Yo lo juzgaba por uno de aquellos Bienaventurados in via, que oyó San Juan. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: nuestro Fr. Antonio participó mucho de este santo monte del Señor, por imitacion, viéndolo como muerto para todo lo que no era mirar á solo Dios, y vivir por solo Dios, y repetia siempre: Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor, estos son los Hermitaños del monte Olimpo; estos moran en la tierra, pero no viven en ella.»

Sobre tan profunda inteligen-

cia se hace fácil de entender, que los tres clavos sean el centro de la corona de espinas, siendo Olimpo de Fr. Antonio, Jesuchristo, en cuya imitacion vivia crucificado, y muerto al mundo con una muerte mística, en que gozaba la paz de su alma, considerando esta muerte espiritual, así en los favores que el Señor le comunicaba, como en lo que él con su gracia correspondia. Era la luz que iluminaba su alma, la lucerna del immaculado Cordero, que le enseñaba, y hacia ordenar los sentidos, quebrantar las pasiones, mortificar los apetitos, quitar las fuerzas á la viciada naturaleza, y á la propension á la culpa, borrar la memoria de todas las especies peregrinas, dar al entendimiento un perfecto desengaño, y apartar la voluntad de todo amor, que no fuese de Dios, ó por Dios. Él de su parte alejaba su corazon de toda inclinacion y querer humano, imperaba á sus inclinaciones para aborrecer aun la mas leve culpa, ni apeteer del mundo ni de criatura alguna gusto, deleyte, estimacion, honra ni comodidad; sino que hollándolo todo para imitar á su adorado Olimpo, que era Christo Jesus, queria ser siempre Hermitaño, y muerto de aquel monte sagrado: y como los clavos que le unian con su crucificado Dueño, habian de estar siempre coronados de rubicundas rosas, era preciso que en ellas se simbolizaran las inmarcesibles y frescas de las tres Virtudes Teologales, que son el sólido fundamento sobre que lo son todas las otras, y con cuyo exercicio se hermosea el principal ornamento del Christianismo.

Lo principal del H. Fr. Antonio, dice en su informe el V. P. Margil, era su Fe y Reyno de Dios, que poseia interiormente; y así toda

»su gloria la tenia por de dentro.» Esta es la razon porque en sus palabras re-verberaba su Fe, como primera causa de ellas, siempre firme, pura y explicita, y en sus obras se dilatava con extension prodigiosa, que daba á entender que sin Fe es imposible agradecer á Dios, y este era el norte fixo á que las dirigia todas, y las guiaba hasta el puerto del Reyno que hace Bienaventurados en esta vida á los que con humildad creen en Dios, y aceptan sus verdades reveladas, infalibles y eternas: estas eran el objeto de su zelo, que procuraba imprimir en los pobres, alimentando con ellas sus almas quando les repartia el pan de la limosna; pues ántes les hacia rezar la Doctrina Christiana, y otras oraciones devotas.

Muchos, hasta de primera estofa, le buscaban para comunicarle sus trabajos y pedirle consejo, y á todos les instruía con suma discrecion, introduciendo el incomprehensible modo de las disposiciones divinas en los ocultos fines de la divina Providencia, dirigida siempre al bien espiritual de las almas; y así les disponia para ponerlos en la conformidad de la voluntad Divina, y en el exercicio de la Fe, segun conocia que lo necesitaban, para que por este medio el mas eficaz, sacasen el fruto de su consuelo y buen despacho de lo que pedian: por esta justa regla nivelaba quanto hablaba ó escribia; porque, segun prosigue el V. P. Margil, todo su espíritu se fundaba en lo mismo que decia nuestro Padre San Francisco: »Dios mio, y todas las cosas: y Casiano: piensa que solo Dios y tú estan en este mundo, y tendrás en tu corazon grande quietud.» Este era su tema: Dios solo. »Abismado nuestro Fr. Antonio, decia el V. Padre, »en este abismo de

«ser, en este mar que todo es una misma agua, un mismo golfo, aunque nel lugar ó agua sea otra, siempre vivia en Dios, como peje en esas aguas, sin salir de ellas, aunque rodease toda la naturaleza de las cosas, porque todas eran un mar, un ser, una vida suya y un Dios, y todas sus cosas: y aunque lo embistiese toda la malicia y furia de los Demonios y de los hombres, le servian todos para mostrar como Jesus, los quilates del oro fino de su Caridad y de su Fe: por eso no lo espantaba la vívora que estaba debajo de la tarima, porque miraba á Dios disfranzado en todas las criaturas.» Funda el V. P. la razon de su corazon impávido, en que teniendo en la Celdilla obscura y muy húmeda, una tarimilla de pocos dedos de alto, sobre la qual arrodillado pasaba muchas horas en su oracion acostumbrada, ocurrió por allí una vívora atraida de las migajas del pan de los pobres que allí se guardaba, y escogió para su cueba el hueco de la tarima. Fr. Antonio no ignoraba que la tenia tan vecina; pero no por esto tuvo pavor ni temor de su ponzoña, y sin novedad prosiguió en el uso de ella continuando su oracion como si no hubiera tal Sabandija; pero viendola fuera otro Religioso, con el natural horror é innata enemistad que con tales animales tiene el hombre, con un báculo la mató, á tiempo que llegó Fr. Antonio, y movido de compasion y de risa solo decia: «que la hermana vívora le habia sido buena compañera, que ella consumía los ratones que hacian daño al pan de los pobres, y así que no merecia la triste tal muerte, supuesto que no hacia daño alguno.»

Los Filósofos mas observativos tuvieron por muy distantes la compa-

sion y el miedo, porque la crueldad en que de ordinario se vicia éste, es el mejor discretivo de los cobardes, y por eso decian, que en un corazon capaz de sevicia con las bestias, no cabe mucha humanidad con los racionales; y aunque esto se limite con las mortíferas y nocivas, pero muchas veces las favorece el ser domésticas, y las indulta de una muerte cruel la mansedumbre con que las sujeta el hombre; y aunque el natural de Fr. Antonio era compasivo, todavía era superior la razon porque sentia la muerte de la vívora, y no temia la furia de los toros, que tal vez se encontró con algunos muy bravos, y acosados en la calle; ni de los perros agitados de la rabia, siendo admiracion de muchos el verlo andar entre ellos, el año de setecientos y siete, que fue asombrosa esta plaga; pues su Fe le persuadia que sin permiso de la soberana Providencia, no le podrian causar daño alguno, y como el veneno de la culpa fue el que las hizo rabiosas y nocivas, decia: «que como él no ofendiese á su Criador, no le ofenderian á él sus criaturas.»

Carácter fue del felicísimo estado de la inocencia, el manejar el hombre á su arbitrio aun los mas despreciables animalejos: Encontró el pobre Portero entre los fragmentos del pan de sus pobres, una muy ercida Rata, y como si ella fuera capaz de correccion, se la dió con tal blandura de palabras y de obras, pues pudo facilmente matarla, que admitiendo humilde la reprehension, quiso hacerlo su refugio y testigo de su enmienda, eligiendo por su habitacion la manga de su hábito, y así se entró por ella, y no pudiendo esto ser por natural instinto, siendo un animal tan espantadizo, la recibió Fr. Antonio como un

moral desengaño, y la mantenia con las migajas que quedaban de la limosna. Moraba allí con tanto gusto como en su nido, pero saliendo á la limosna de la Ciudad su casero, se encontró en la calle con una criatura de poca edad que le pedia pan, y por sacarlo, en presencia de mucha gente sacó la Rata, lo que celebraron los concurrentes como un acaso digno de risa: élla tiró á huir por entre los pies de todos, y quando ya estaba libre y podia esconderse en algun agujero, lo hizo tan al contrario de su natural instinto, que tomó el camino para el Colegio, siguiendo ó por el olfato, ó por desconocido camino, las huellas de su hospedero, y por un postliminio raro, volvió á su primer domicilio. Son las circunstancias de este caso, de ningún respeto á los aprecio del Mundo, pero para los que saben que elige Dios las mas despreciables criaturas para confundir la vanidad y fortaleza de la soberbia, son de suma estimacion, pues las dispone su sabia Providencia, para demostrar la que hace de sus Siervos, manifestando en ellas la firmeza de su Fe y la inocencia de su vida, por la sujecion con que les veneran las mas contemptibles bestezuelas.

Tan elegante lozania de la fresca rosa de su Fe, elevaba la brillantez de la de su Esperanza, porque en la de los bienes eternos que creía, llegó su generoso ánimo á reputar por estiercol y basura todos los que el Mundo aprecia y que el Demonio ofrece en sus falaces riquezas. Era su esperanza constantísima y recta, por eso sus obras eran testimonio de sus ardientes deseos de gozar eternamente el sumo Bien que adoraba su alma: sus palabras mostraban la continua elevacion de su espíritu en esperarle,

Rr

y aunque el infeliz Príncipe de la desesperacion se valia de sugeriones melancólicas para marchitar su esperanza, él se las rebatía constante, y con rectitud persuadia á otras personas virtuosas, que no se dexaran llevar de ellas, porque la tristeza demasiada ó melancólica, le escribia á una, es la preparacion que la malicia de la venenosa Serpiente dispone para derramar su veneno. Con este denuedo y ardimiento escribió á varias personas para descubrir las astucias serpentina, que nunca pueden influir sino tristes desconfianzas, y mas si es immoderado el temor de que sea culpa lo que por principios ciertos se puede conocer no serlo.

Ninguno le comunicó con alguna intimididad, que no conociera el profundo y humilde concepto que tenia de sí mismo, y el altísimo y perfecto que hacia de la divina Misericordia, por lo que percibian la desconfianza que tenia de sus propias fuerzas, y que solo confiaba en los auxilios divinos, y así les inducia con sus palabras y exemplo á poner toda su esperanza en solo Dios, que por los méritos que consumó Jesuchristo en la Cruz, le habia de prover de los eficaces medios de su gracia, para lograr el fin de gozarle y no malagrarlos de su parte. Con tan nobles sentimientos, alentaba á muchas almas al ejercicio de la santa esperanza, y de las virtudes que de ella redundan, haciendo sus exhortaciones maravillosos efectos en muchos que venian al Colegio casi despechados, á los que instruía en la esperanza que debe creerse en el Sacramento de la Penitencia, sin que hubiera ningun desconsolado que no fuera libre de sus desesperaciones, porque tampoco hallaba Fr. Antonio dificultad en los mayores tra-

bajos, que no la allanara con la confianza que se debe tener en la piedad divina, y oportunos socorros con que favorece á los que confían en ellos. «Yo de mí digo, escribía á una persona, que como el Señor me ponga en ocasión de hacer algo en su servicio, y con evidencia sea así, mas que haya picas y lanzas, Demonios y endemoniados, adelante, y caminar con Fe y Esperanza, pues llevo á la Caridad por compañera.»

Esta era la que le dictaba en encendidas aspiraciones el repetir muchas veces con San Buenaventura: ¡O esperanza del Cielo, que quanto esperas tanto alcanzas! Esperaba ver á Dios para amarle por toda la eternidad, y estos incendios que ardian en su pecho, se vertian en lágrimas por los ojos y en tiernos suspiros por los labios, no teniendo mas consuelo que la firme esperanza de gozarle, sin la zozobra ni peligro de perderle. Con este santo temor hacia tan alto aprecio de la divina gracia, que era implacable el horror que le tenia á la culpa, y andaba vigilantísimo en no cometer con advertencia ni la mas ligera; y si por fragilidad humana caía en alguna, aunque fuese leve, ocurría con la mayor brevedad al Sacramento de la Penitencia, y procuraba expiarla con amargas lágrimas, y satisfacerla con mortificaciones continuas, preservándose de sus miserias, con la total abnegacion de su propia voluntad, y reprimiendo todas sus acciones al obsequio de Dios, para que salieran perfectas, de suerte que aseguró su Confesor: «que andaba embebido en Dios y en la consideracion de sus infinitas perfecciones.» Y como no tenían otro empleo sus potencias y sentidos que el soberano objeto de su amor, reducía á este todas las opera-

ciones de su alma, y encendia en su fuego hasta las materiales de la vida, y así, eran sus mejillas unas ascuas que salian de su pecho como llamas, y al impulso de sus amorosas ansias, no se satisfacía su corazon con nada que no fuera padecer por su Amado, apeteciendo el mas cruel martirio; pero no siéndole este posible, le pedía instante que el amor fuera su verdugo, y de puro amor acabara su vida.

Amaba tiernísimamente la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, y considerando todas las obras que por el hombre hizo, no tenía otro desahogo ni alivio en sus continuos trabajos que hacerlos como si al mismo Señor sirviera en ellos: por eso quando iba á la Portería, decía: «Voy á abrir la puerta á Jesuchristo. Al repartir la limosna: voy á dar de comer á Jesuchristo.» Si servía á la mesa, si escribía alguna Carta ó hacia qualquiera cosa aunque fuera mínima, siempre la dirigía á Jesuchristo, como si con su Magestad la executara. Todo el consuelo en las penosas aflicciones con que el Demonio le perseguía, era postrarse á los pies de un Crucifijo, y con el rostro pegado á la tierra, perseverar constante hasta ir agotando en cada una de sus cinco Llagas todo su llanto, siendo esta devocion la que mas inflamaba su alma, reconociendo en aquellas cinco fuentes las inagotables del amor y misericordia con que su crucificado Dueño restauró los daños del pecado y redimió al Mundo.

Con este exemplar divino le daba toda la extension posible al amor de Dios en sus próximos, y á imitacion de Jesus, era el primer efecto de su caridad el beneficiarles en sus necesidades espirituales, tanto con

oraciones como con saludables consejos: no solo con palabras, sino tambien por escrito les proporcionaba estos socorros, segun las calidades y circunstancias de los Sujetos: á unos les ilustraba y movía para lavar sus almas en las aguas de una verdadera penitencia y Confesion bien hecha: á otros les daba alientos para la virtud, é importantes doctrinas para que su oracion fuera fructuosa: á otros les desengañaba de sus escrúpulos, para que caminaran seguros; y á todos daba importantes avisos en las cogoxas del espíritu, y les fervorizaba en el amor divino; y como su zelo se difundia en tantos que solicitaban consuelo, vino á ser comun y notorio, por lo que eran muchos los que procuraban tratarle, y siempre le hallaban en las suaves y eficaces razones, que con dulces palabras les disponía á la purificacion de sus conciencias y mejora de sus vidas, no siendo pocos los males de que libró á muchas almas, ni los pobres desvalidos que con el socorro de su hambre corporal recibieron los de sus trabajos, ó remediando sus vicios, ó haciéndolos pre-

ciosos con la paciencia y el mérito.

No se olvidaba el caritativo Limosnero del socorro con que fervoroso sufragaba á las Almas del Purgatorio, para cuyo alivio le ofrecia al Señor en satisfaccion de sus penas las comuniones quotidianas y todas las Misas que oía, las oraciones con que todos los días pedía por ellas, aplicándoles todas las Indulgencias que podia, y la satisfaccion que pudiera resultar de todos sus ejercicios espirituales. Estos mismos sufragios encargaba con eficacia á todas las personas de afuera y de adentro del Colegio, y así, era puntualísimo en rezar los oficios así generales como particulares por los Religiosos y Hermanos difuntos. De forma, que el solicitar el socorro de sus próximos, tanto en las obras de misericordia espirituales como en las corporales, era efecto del intensísimo amor de Dios que en su pecho ardía, pues era de una extension tan dilatada, que quisiera abrazar con él todo el Mundo, y que en todo él no se amara mas que á Dios solo.

CAPITULO XXVI.

Como exercitó Fr. Antonio las virtudes Cardinales.

FELIZ elevacion gozó su espíritu, remontándose de todo lo criado para gozar en Jesus la paz que simbolizaba en el Olimpo; pero como para llegar á la cumbre de ese santo monte, era preciso tomar unas sendas, que aunque llenas de tempestades, de vientos contrarios y agudas espinas, le condujeran con seguridad al logro y felicidad de ella, tomó las de los fundamentos cardina-

les, y virtudes que son principio de todas las morales.

La Prudencia fue en él tan rara, que mas parecia infusa en su alma, que no adquirida con el hábito que la practicaba. Con esta gobernó su vida, sin permitir á su juventud las licencias de libertina, aun en medio de las vanidades mundanas, y quando el desengaño de la fragilidad de la vida le hizo conocer falaces sus es-